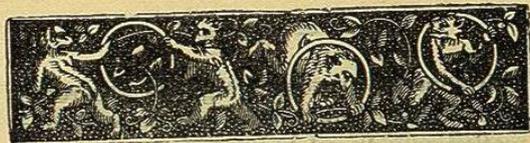


Salimos á la puerta, nos estrechamos la mano y citándonos para el día siguiente nos despedimos los peregrinos tomando cada uno la dirección de sus respectivos alojamientos. Era ya tarde; necesitábamos rezar nuestro oficio, descansar un poco y recapacitar cual convenia, las distintas maravillas que habíamos visto y por lo mismo, hasta mañana, señores, si Dios nos presta vida.



CAPITULO NOVENO.

Basílica de la Santa Cruz de Jerusalem.—Espinas de la corona del Redentor.—Bendiciones apostólicas.—S. Ignacio.—S. Clemente.—Iglesia y cementerio de los Capuchinos.—S. Carlos.—Iglesia de Santa Maria la de Victori.a—S. Bernardor — Misa aplicada por el Santo Padre segun intención de los mexicanos.—Basílica de S. Juan de Letrán.—Descripción.—Mesa donde se celebrara ó instituyera el Salvador la Sagrada Eucaristia.

A la Iglesia de la Santa Escala muy temprano nos dirigimos, por supuesto en un carruaje porque está un poco retirada. Ahí nos encontramos con los Reverendos Padres Pasionistas que con mucha voluntad y gusto nos permitieron celebrásemos. Salió primero el Padre González y poco á poco á todos nos fué tocando nuestro turno, pues debe advertirse que

que como es convento, algunos sacerdotes hay y todos también tienen que verificarlo, motivo por el cual había que esperar algo. Poco fué el tiempo de la demora; á las ocho todos habíamos terminado y dando las gracias después de la misa pasamos algunos momentos en la capilla. Faltando media hora para las nueve salimos de este lugar dirigiéndonos á nuestra habitación para tomar alimento y sin demora pasar por nuestro respetable guía y compañero, el tantas veces mentado Sr. Dr. Ruiz y luego incorporarnos á los demás peregrinos para presentarnos á la *Basilica de Santa Cruz de Jerusalem*, donde nuevas impresiones se nos esperaban con toda seguridad, pues ni hay lugar donde no se admire ó llame la atención alguna ó muchas cosas al peregrino, no sólo mexicano sino de cualquiera nacionalidad que sea.

Pocos minutos y las *vetturas* se preparaban. Nos encontramos frente á esta suntuosa *Basilica* mandada construir por la célebre Santa Elena, madre de Constantino el Grande, en los mismos lugares donde se encontraban los jardines de *Variani* contruidos por Heliogábalo. Toma la denomi-

nación de Santa Cruz de Jerusalem, porque una buena porción de esta magnífica reliquia fué aquí colocada, traída de Jerusalem. Su interior está compuesto de tres naves divididas por gruesas columnas de granito egipcio. El altar mayor está adornado de cuatro magníficas columnas de coralina. Debajo de la mesa del altar; una preciosa urna de basalto, guarda con sumo respeto los cuerpos de los Santos Cesáreo y Anastasio.

De aquí pasamos á un pequeño corredor que conduce á una capilla privada donde se admiran varias preciosas reliquias. Una súplica, ó insinuación más bien dicho, fué suficiente para que se nos concediera esta gracia. Admirados una vez más quedamos cuando se nos mostraron dos espinas de la corona misma que el Señor sobre su santísima cabeza llevaba; la insigne reliquia de la Cruz, un dedo del Apóstol Santo Tomás, con el cual según se afirma tocara las llagas de su Divino Maestro Jesús, un respetable pedazo de la Cruz del Buen Ladrón y el título de la Cruz del Salvador. Motivos más que suficientes eran lo que á la vista se nos presentaban, para llenarnos de piado-

esos sentimientos. Aquí se encuentra también un clavo que sirvió para taladrar el cuerpo del inocente Jesús y uno de los que suspendido le tuviera en el ignominioso patíbulo.

No nos quisimos separar de este lugar religioso sin llevar algún recuerdo, y así es que compramos el facsímile del clavo y el del título de la Cruz, grabado en un papel.

Aunque nuestros deseos eran vehementes y hubiéramos querido á peso de oro hacernos de algunas reliquias, no fué posible, y con lo que habíamos conseguido nos contentamos y nos retiramos llenos de religiosos y gratos recuerdos.

En tan poca cosa, al parecer, se nos pasó la mañana, mas ya no fué posible seguir adelante. El medio día era, y forzoso fué despedirnos y separarnos por unos momentos, pues en la tarde estábamos citados para ir á los *macasinos* á comprar algunos recuerdos para nuestras familias, amigos, feligreses y conocidos.

En la plaza de San Pedro, lugar donde existen muchos expendios de rosarios, medallas, estampas, cromos, estatuas de San Pedro, en fin, multitud de objetos piadosos, todos los peregrinos nos encontrábamos

como á las tres de la tarde. Faltando ya poco para la audiencia, necesitábamos preveniros para presentárselas al Santo Padre, y alcanzar su bendición. Era de verse el entusiasmo que todos teníamos, y sin respeto á la bolsa todo lo que veíamos queríamos comprar. Uno pedía una cosa, el compañero otra, éste un rosario, aquel quiere de otra clase, ya nos fijamos en las bendiciones llamadas apostólicas, y logramos arreglarnos comprando grandes cantidades.

Cuarenta céntimos por cada una, fué lo más cómodo que pudimos conseguirlas. Recuerdo, el más precioso que puede entregarse á una persona, y que más puede servirle. Por ella el Santo Padre concede indulgencia plenaria en la hora de la muerte á la persona para quien se solicita esta gracia y se extiende á sus consanguíneos y afines hasta el tercer grado inclusive.

Ahora expliquemos cómo se arregla todo esto. En estos *magasinos* se encuentran las fotografías ya listas con la solicitud impresa en distintos idiomas. Uno las compra á cuarenta céntimos las más cómodas, pues las hay demás precio, por supuesto que más bonitas. Piden según la nacionalidad ;

nosotros por lo mismo las solicitamos en español.

Una vez cubierto el importe, ahí mismo se pide una pluma y un tintero y se pone el nombre de la persona para quien se desea. Listas ya todas las que uno quiere, se dirige al Vaticano, y en una oficina que hay *ad hoc*, se presenta dando la limosna de una lira por cada una, y la que está destinada por el Santo Padre para el sostenimiento de una casa de beneficencia, establecida para los ciegos. A los dos ó tres días va uno por ellas, y todas están listas; las entregan mediante una contraseña que dan cuando uno las dejó, y *arrivedere, signori*.

Compramos nuestros rosarios, medallas, Santos Cristos, en fin, cuanto pudimos, y ya pardeando la tarde nos retiramos, y hasta la mañana siguiente.

Como todos los días, alegres y muy temprano, dejamos la cama para aprovechar el tiempo, poco por cierto, de nuestra permanencia en esta histórica y monumental ciudad.

Celebramos en distintas iglesias, y todos buscábamos con ahinco para saber lo que habíamos comprado, así como tener no-

ticia de los monumentos que habíamos visitado, pues sabido es que, como ya lo hicimos presente, no siempre estábamos todos reunidos, pues era casi imposible.

A las nueve nos dirigimos á la famosa, limpia y rica Iglesia de San Ignacio. Su fachada es imponente, y aunque un poco profana, es de magnífica arquitectura. Su construcción toda es de piedra llamada de *travertino* y decorada con sumo esmero, de dos órdenes de pilastras: corintio el uno y compuesto el otro.

Al entrar, levanta la vista el peregrino y queda admirado al ver la pintura que embellece la bóveda. Representa la entrada al cielo, del Patriarca San Ignacio, y es la obra de un notable artista de la Compañía fundada por este mismo santo. Tal vez se ofenda la modestia de este instituto, mas sabidos y apreciados son en todo el mundo los grandes genios que en su seno tiene: el autor de esta renombradísima pintura llamábase el Padre Pozzi. En esta famosa alegoría se simbolizan las cuatro partes del mundo, donde se han sentido los efectos de esta Compañía, con otras tantas nobles y majestuosas mujeres.

Los frescos de la cúpula y los del ábside del altar mayor, y también el dibujo de los riquísimos altares del crucero son del mismo autor. No podrá borrarse de mi memoria este día, en que colocándose en medio de la iglesia el Sr. Dr. Ruiz con tanto empeño nos llamaba y daba tanto valor a aquella pintura. "Mira, nos decía, fíjate en la actitud del Santo; parece que habla; revela luego la santidad tan grande que tenía." "Vé qué actitud la de los ángeles, qué gusto y regocijo tienen; ¡oh! esto es admirable."

Fijamos luego nuestros ojos en el hermoso altar que, viendo de frente al mayor, se encuentra á la izquierda, y el cual está decorado con preciosos y riquísimos mármoles, bronce dorados y cuatro columnas incrustadas de verde antiguo; se ve luego un cuadro que representa á San Luis Gonzaga; es un bajo relieve esculpido por Le Groz. Debajo del altar se ve una elegantísima caja revestida de lapislázuli, donde se encuentran los restos de este santo.

Del lado opuesto se encuentra otro altar semejante, con un cuadro en relieve que representa la Anunciación de la Santísima Virgen. Existe una urna donde están los

restos del esclarecido Santo de la Compañía de Jesús, Estanislao de Kostka.

Terminamos, aunque ligeramente, nuestra visita á esta magnífica iglesia y nos encaminamos luego á la de *San Clemente*, llenos de gratísimas impresiones, pues cada día se acumulaban más y más, según íbamos visitando y conociendo las suntuosas Basílicas y las riquísimas Iglesias.

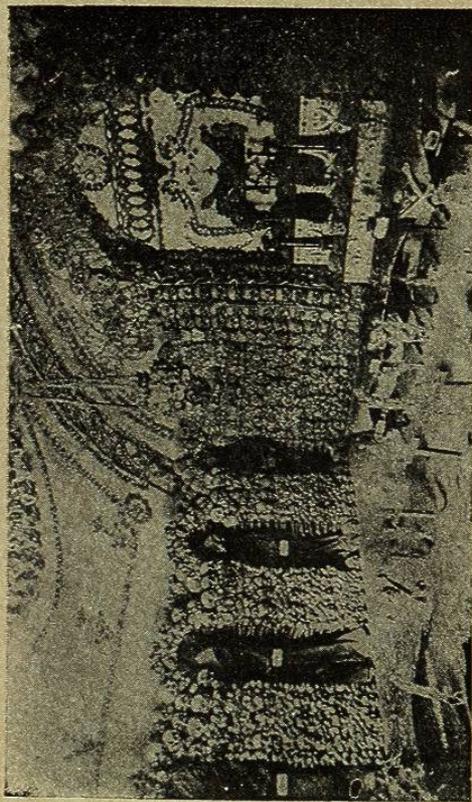
Esta de *San Clemente* está edificada sobre la misma área que ocupaba la casa de este Pontífice y cuyo glorioso cuerpo descansa sobre el altar mayor. Diversos Papas se ocuparon de su restauración. Debajo existe un espacioso subterráneo muy antiguo que tiene la forma de una capilla de tres naves, y en sus paredes se ven muchos frescos ya un poco destruidos por el transcurso del tiempo; también vimos muchos sarcófagos de tiempo inmemorial. Para el ingreso á este sitio se da la limosna de media lira, ó sean cincuenta céntimos. En ciertos días del año, como en la fiesta del Santo Pontífice, que es el veintitrés de Noviembre, y el primero de Febrero, en que se celebra la festividad de San Ignacio mártir,

la entrada es libre y hay mucha concurrencia, estando muy iluminado todo.

Con esta excursión terminamos la mañana del cinco de Marzo, reservándonos para la tarde el visitar la iglesia y cementerio de los capuchinos, que verdaderamente llama la atención, así como las de San Carlos, Nuestra Señora de las Victorias y San Bernardo.

Esta Iglesia, servida ó atendida por los RR. PP. de esta religión, tiene acceso por dos escaleras laterales, pues está edificada sobre el nivel de la vía pública como á unos ocho ó diez metros. Su construcción se debe al empeño del Cardenal Barberini, capuchino y hermano del Pontífice Urbano VIII y según la arquitectura de Antonio Casoni.

Al penetrar se encuentra luego á la derecha una capillita donde se admira un hermosísimo cuadro de Guido Reni, que representa al gran Arcángel San Miguel, en la solemne actitud de arrojar del cielo al soberbio Lucifer. En otra se contemplan dos soberbios cuadros del reputado artista Dominiquino. En la siguiente se ve al taumaturgo Antonio en actitud de resucitar á un muerto, obra del célebre Andrés Sacchi. A



Panteón de los Capuchinos.—Roma.

la izquierda del altar mayor existe un sarcófago erigido á la memoria de Alejandro Sobieski, hijo del Rey de Polonia, Juan Tercero.

Junto á la ligeramente descrita iglesia se encuentra un altar dedicado á San Isidoro, que fué edificado en el año de mil seiscientos veinte. La primera capilla de la derecha fué pintada por Carlos Maratta. El primoroso cuadro que representa á este Santo y que está sobre el altar mayor, es producción del notable genio de Andrés Lacchi y una de las más primorosas que hiciera. Por último la capilla que resta está decorada por Maratta.

Después, con el debido permiso de los RR. PP. encaminámonos al célebre panteón que en los claustros se encuentra y cuya vista mirará el lector en esta obrita para que se forme una ligera idea. Al mismo tiempo que se admira la paciencia de los que con tanta calma fueron adornando con arte las diversas formas que se ven, el sentimiento de la muerte se apodera de los visitantes, y lo fugaz de las glorias del mundo se meditan.

Una multitud de osamentas hay en estos

distintos departamentos formados ó colocados con maestría. Por un lado se ven multitud de canillas formando arcos que adornan un nicho hecho de la misma materia. Por otro un fraile que aun sus hábitos y rosario ostenta, reducido todo á nada. Más allá infinidad de calaveras; en fin, pavor causa ver todo esto, y al llegar á la capilla que ahí existe dobla uno las rodillas, y aunque sea un "Pater Noster" se reza por el eterno descanso de los que formaron esos cuerpos, en otro tiempo animados cual los nuestros.

Salimos de este lugar, casi sin dar las gracias. Estupefactos y contemplando nuestra miseria, dirigímonos á la Iglesia de *San Carlos*, de la cual daremos una ligera descripción.

En el año de mil seiscientos doce fué edificada esta iglesia muy hermosa y rica por cierto, por Lombardo y según la arquitectura de los Longhi padre é hijo. Su fachada es muy posterior y hecha con toda elegancia. Su cúpula muy soberbia es parecida á la de San Pedro del Vaticano.

Su interior está dividido en tres naves, separadas entre si por hermosas pilastras

corintias, y la decoración es riquísima por sus pinturas al fresco y por sus estucos dorados. Una de las capillas, más hermosa y más espléndida, es la que está colocada á la derecha, pues está decorada con exquisitos mármoles, riquísimos bronce y bellísimas esculturas. El cuadro que se ostenta sobre el altar, que representa á la Inmaculada Concepción de Maria Santísima, es una copia en mosaico del célebre cuadro de Carlos Maratta, que se venera en Santa Maria del popolo. El altar mayor es una cosa sorprendente, por poseer la riqueza de un hermoso cuadro de San Carlos presentado á Jesucristo por la Santísima Virgen, ejecutado por el mismo Maratta, y el que revela una vez más la gracia de este artista, que con razón disfruta de tanta fama.

En esta misma iglesia se encuentra el monumento de Alejandro Verri, autor de las notas romanas.

Con esto hemos dado fin á nuestra visita á esta suntuosa iglesia para retirarnos á la de *Santa Maria de la Victoria* siendo tan cortas porque el tiempo no nos permitia adquirir más datos ni demorarnos más, no obstante el deseo que teníamos de propor-

cionar más luz á los lectores para que pudiesen formarse una ligera idea de tantas maravillas y monumentos como contiene en su seno la Capital del Orbe Católico: así es que perdónese la brevedad y seguiremos adelante.

Por orden del gran Pontífice Pablo V, y en memoria de la victoria de Lepanto fué erigida esta magnífica iglesia en el año de mil seiscientos quince, dedicada en su primitivo origen al apóstol San Pablo y consagrada después á la Santísima Virgen Maria por encontrarse una imagen primorosa de esta bendita Señora en el altar mayor, a que por las llamas fue consumida en el año de mil ochocientos setenta y tres.

La decoración es magnífica; sus paredes todas están cubiertas de jaspes de Sicilia, sus bóvedas llenas de bellísimos frescos, todo lo cual ofrece al visitante una vista encantadora. El cuadro que se ve en la primera capilla de la derecha, representa á la Magdalena, y es una obra completa de arte. El de San Francisco que se encuentra en la segunda, es obra de Dominiquino. La estatua que representa á Sr. San José, en actitud de dormir, y que está colocada sobre el al-

tar del crucero, fué hecha por Domingo Guichi, y los dos bajo relieves de los lados son de Monot. El cuadro de Sr. San José que se encuentra á la vuelta del grande arco, fué hecho por Lamberti, y las pinturas de las cúpulas fueron producciones de Perugino.

Lo que más sorprende en este templo y llama la atención, es un grupo que en la capilla del crucero de la izquierda se presenta á la vista del peregrino. Aquí es donde el célebre Bernini agotó todo su ingenio, pues inverosímil parece que con el cincel pueda expresarse cómo lo hizo este afamado artista: que una mujer se transforme en ángel, y que iluminada por una luz celestial, y enajenada en el éxtasis del amor divino esté gozando de su Dios; así es pues, se ve á la gran Teresa de Jesús representada en un trozo de piedra. Con sobrada y justa razón, no solamente los ignorantes del arte, sino los más inteligentes en la escultura la han admirado tanto, y se han visto precisados á reconocer y confesar que ésta es la obra más bien acabada del célebre Napolitano.

El altar de la capilla vecina llama tam-

bién la atención, por el hermoso cuadro de la Santísima Trinidad, pintura de Guercino. En una de las paredes laterales se encuentra un Crucifijo, copiado por Camussini, del original de Guido.

Una cosa también nos llamó la atención y era el ver los estandartes que se ostentan en este santuario, que fueron arrebatados á los turcos en la célebre batalla de Lepanto, por el año de 1571; gloria, pues, al príncipe Don Juan, descendiente de la casa de Austria, ilustre por muchos títulos, que con su valor y arrojo abatió á los mahometanos! Su nombre será imperecedero, pues alcanzó la más completa victoria contra los enemigos de nuestras creencias y de nuestra sangre.

Antes que la luz desapareciera nos dirigimos á la Iglesia de *San Bernardo*, última que nos habíamos propuesto visitar ese día, así es que sin demora tomamos el coche y nos dirigimos hacia ella.

Está construida sobre una parte del terreno que ocupaban las célebres Termas del Emperador de Roma, Diocleciano, en el año de 1598. Dos cuadros bien hermosos por cierto, que se ostentan sobre el altar y los

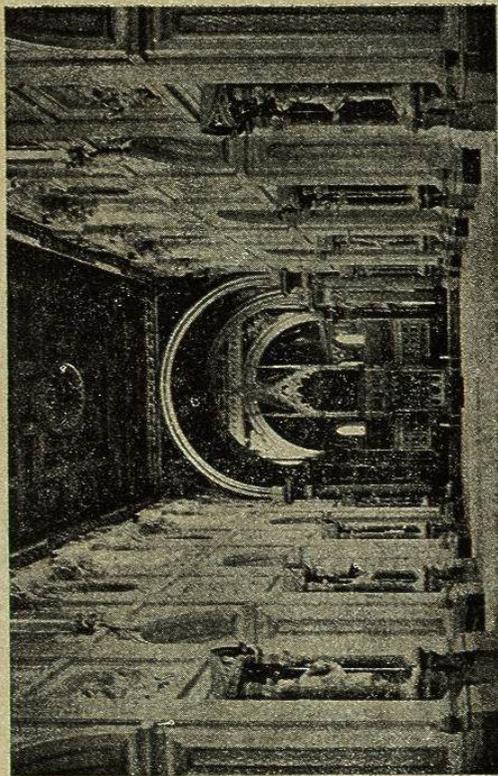
que en gran manera nos llamaron la atención, fueron ejecutados el uno por Adazzi y el otro por Bonatti. Hacia la izquierda se encuentra un severo monumento erigido el año de 1857, á la memoria del famoso escultor Finelli y es obra de Rinaldi.

Fatigados como estábamos nos dimos cita para el día siguiente, domingo seis, para las salas del Vaticano, en donde nos reunimos para oír la misa que el Santo Padre se iba á dignar aplicar por los mexicanos, según los señores Obispos y el Cónsul Angelinni, nos habían hecho saber. Así es, que nos estrechamos la mano, nos despedimos y todos llenos de profundas emociones nos retiramos á nuestros alojamientos.

Listos desde muy temprano estábamos todos para dirigirnos al Vaticano, ya desayunados y aseados. Aunque era domingo, no nos preocupábamos por celebrar, pues íbamos á oír misa y nada menos que la que iba á celebrar el Santo Padre, con la cual habíamos cumplido el precepto. Mas á las siete un recado del Sr. Cónsul nos hacía saber que por indisposición que en la noche había tenido Su Santidad, no podría como se había dicho, celebrar la santa misa, y que con el

favor de Dios el día siguiente lunes siete á la misma hora antes señalada se verificaría. Así es que con esta nueva nos apresuramos luego á oír la Santa Misa, y al efecto nos dirigimos al Vaticano, donde nos encontramos con el Sr. Canónigo Francisco Nieto y el Sr. Pbro. José Luna Menocal que también estaban cumpliendo con esta obligación. Salimos de allí una vez que terminó la piadosa ceremonia, admirando de nuevo la majestuosidad, la riqueza; en fin, la gran pompa, fe y magnificencia de la religión.

A fin de aprovechar el tiempo que nos restaba en esa mañana, determinamos dirigirnos á la hermosa *Basilica de San Juan de Letrán*, adonde con gusto y prontitud nos fuimos, siempre acompañados de nuestro inseparable paisano el Sr. Dr. Ruiz. Un coche se encargó de conducirnos, y al cuarto de hora, pasadito ya, pisábamos sus dinteles. Mas antes de internarnos admiramos un soberbio obelisco, uno de los más grandes que existen en Roma. El gran Constantino y su hijo Constanzo lo trasportaron de Tebas en el alto Egipto, donde tuvo su origen por Theutmosis II á Roma, colocándolo en el Circo Máximo. Arruinado aquel



Interior de la Basílica de San Juan de Letrán. Roma.

edificio, por muchos siglos quedó sepultado entre los escombros á algunos metros de profundidad, hasta que el Papa Sixto V trabajó en buscarle, y ordenó que lo desenterraran, cuando después de tanto trabajo fué encontrado, aunque casi destruido, pues estaba en tres partes dividido y encargó á Domingo Fontana lo colocara en esta soberbia plaza.

Por todas partes se encuentran grabados en esta Ciudad de los Papas, muchos venerables nombres de Pontífices que tantos recuerdos y tanto bien le proporcionaron, trabajando con ahineo y con ardor en legar á la posteridad, monumentos de suma importancia.

En esta misma plaza se encuentra el palacio que lleva su nombre, debido á que fué la primera residencia de los Papas; mas habiendo sido consumido por un incendio, el gran Pontífice Sixto V ordenó se levantara el que hoy existe.

Trasladémonos ya al interior de la Basílica; mas detengámonos unos momentos á contemplar su soberbia fachada, que es sin duda una de las mejores obras que se conocen en la arquitectura; su construcción es